
Lutero: la Teología de la Cruz

Roberto T. Hoeferkamp*

En sus 95 Tesis sobre el Valor de las Indulgencias, Lutero sostiene que, según el pensar de la gente, con la venta de las indulgencias se ofrece un medio de salvación fácil, placentero y barato. Contrariamente a esta opinión, Lutero afirma que los verdaderos cristianos aman la cruz y no intentan evitarla. Afirma, por ejemplo, en la Tesis 68 que las indulgencias:

“en realidad son muy poca cosa, comparadas con la gracia de Dios y con la piedad de la cruz” (1).

Y retoma esta afirmación en las cuatro últimas de las 95 Tesis:

“Fuera, por tanto, todos los profetas que predicán al pueblo cristiano ‘paz, paz’, y no hay tal paz! Bienvenidos todos los profetas que predicán al pueblo de Cristo ‘cruz, cruz’, puesto que ya no es tal cruz! Hay que exhortar a los cristianos a que traten de seguir a Cristo, su cabeza, a través de penas, muertes e infiernos, y que confíen así en entrar en el cielo a través de muchas tribulaciones, mejor que basados en la seguridad de la paz” (2).

* Doctor en Teología, Seminario de Saint Louis (Missouri); Pastor de la Iglesia Luterana de Bogotá.

(1) LUTERO, M., *95 Tesis sobre el Valor de las Indulgencias*, Obras, Editorial Paidós, Buenos Aires, Vol. II, 1974.

(2) *Ibd.*

En abril de 1518, pocos meses después de la diseminación de las Tesis sobre las Indulgencias, Lutero asistió al capítulo trienal de su orden agustina en la ciudad de Heidelberg. Allí expuso y defendió unas Tesis sobre el Pecado y la Gracia, que son de mucho más peso teológico que las 95 Tesis del octubre anterior. En estas Tesis de Heidelberg acuñó la frase Teología de la Cruz, contrapuesta a la Teología de la Gloria, que habría de ser una constante en su mensaje hasta el fin de su vida.

Las Tesis de Heidelberg contienen un ataque contra cierta teología especulativa de la Edad Media, según la cual se intentaba sacar conclusiones acerca de la naturaleza de Dios a partir de las cosas visibles del mundo creado. Según Lutero, este esfuerzo especulativo entraña una presunción vanidosa del teólogo e implica el intento del hombre de salvarse por sus obras, sean éstas ostentosas obras visibles o sean esfuerzos intelectuales de llegar a Dios y apoderarse del cielo. Lutero llama a este intento Teología de la Gloria, que presume captar la gloria de Dios mediante el ascenso del hombre al cielo en la escalera de las propias obras.

Es a tal Teología de la Gloria a la que Lutero contrapone su Teología de la Cruz, que no busca a Dios en la especulación embriagadora sobre la majestad deslumbrante de Dios, sino que lo busca en la locura y en la estulticia de los sufrimientos y la crucifixión de Cristo; quien lo bus-

ca allí lo encontrará revelado. En realidad, lo que hace Lutero en estas Tesis es recurrir al Apóstol Pablo, quien anuncia así a los corintios el mensaje de la cruz: "La palabra de la cruz es una locura para los que se pierden; mas para los que se salvan -para nosotros- es poder de Dios, porque dice la Escritura: 'Destruiré la sabiduría de los sabios e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes'. Dónde está el sabio? Dónde el docto? Dónde el sofista de este mundo? Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la locura de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas para los llamados, tanto judíos como griegos, un Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina es más fuerte que la fuerza de los hombres. . . Hermanos, yo cuando fuí a vosotros, no fue con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el testimonio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo y éste crucificado" (1Cor 1, 18-15; 2, 1-2).

El teólogo de la cruz busca, pues, a Dios inmerso en el escarnio y la humillación vergonzosa del Gólgota:

“Por tanto, es en Cristo crucificado donde está la verdadera teología y el conocimiento verdadero de Dios (3).

Por lo demás, el teólogo de la gloria prefiere

“Las obras (activas) a los sufrimientos (pasivos); la gloria a la cruz; la sabiduría a la locura, y en general, el bien al mal” (4).

En su afán por la especulación deslumbrante, el teólogo de la gloria muestra que tiene fe optimista en la capacidad del intelecto humano -las obras!- para llegar a Dios. Desprecia los sufrimientos, tanto los divinos como los humanos, pues según él, Dios no se halla en lo bajo sino en lo alto. Dios no se encuentra en lo que el teólogo de la gloria considera ser “mal”, es decir, lo vil, lo ruin, lo despreciado; sino en lo que él considera ser “bien”, es decir, lo alto, la gloria, la especulación. De esta manera:

“El teólogo de la gloria llama al mal bien y al bien mal” (5).

En cambio,

“El teólogo de la cruz llama a las cosas como son en realidad” (6).

En su búsqueda de Dios, desespera de sí y de sus obras tanto prácticas como especulativas y busca a Dios en las obras de Dios. Estas son las que el teólogo de la gloria llama “mal”, que son lo vil y menospreciado del mundo, es decir, precisamente los sufrimientos y la cruz de Cristo:

“Los amigos de la cruz afirman que la cruz es buena y las obras (humanas) malas, porque por medio de la cruz se destruyen las obras y es crucificado Adán que se erige sobre sus propias obras” (7).

Procuremos dilucidar el significado y el alcance de estas Tesis de Heidelberg que acabamos de citar y comentar. En ellas Lutero procura captar e interpretar para su tiempo la esencia del mensaje de la cruz, tal como el Apóstol Pablo la anunció a los corintios. Para desarrollar este mensaje, Pablo se sirve de paradojas; y Lutero no es menos paradójico que el propio Pablo. Dios obra en sentido contrario a lo que el hombre espera. La razón humana es hermoso y magnífico don de Dios, pero cuando el hombre trata de relacionarse con Dios, la pervierte y la tuerce. Cree que Dios es como él imagina que es;

(3) Ibid. Tesis 20.

(4) Ibid. Tesis 21.

(5) Ibid.

(6) Ibid.

(7) Ibid.

cree que Dios se encuentra donde él piensa que está y supone que Dios debe ser buscado en la forma que le es más natural al hombre. Pero en vista de este empleo de la razón humana en asuntos religiosos -podríamos decir que se trata del sentido común religioso- Dios trastorna los valores religiosos humanos y se revela en un acontecimiento que resulta sumamente ofensivo para el sentido común religioso del hombre; Dios se revela y sale al encuentro del hombre en el lugar menos sospechado: en la cruz de Cristo, lugar de escarnio, de dolor, de vergüenza, de desesperanza. Esto resulta sumamente ofensivo para el hombre religioso de cualquier tiempo, porque él cree que Dios se halla en la gloria poderosa y no en la miseria debilitante. Por eso ríe, se burla y abandona a Cristo crucificado para buscar a Dios por medios y en lugares que le dicta su propio sentido común religioso. Pero los que son llamados por el milagro de la fe, ven en la locura y en la debilidad de Cristo crucificado la sabiduría y el poder de Dios, se abrazan de la cruz, y alaban al Dios crucificado, deponiendo su orgullo y sus supuestas obras religiosas. De este modo Cristo crucificado pone en tela de duda todo triunfalismo religioso, de cualquier signo: pagano o cristiano, católico o protestante. Y entonces se cumple la palabra de Pablo: "Ha escogido Dios lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir a lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no

es, para reducir a la nada lo que es, para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios" (1Cor 1, 17-29).

Se ha pensado de hecho, que la teología de la cruz luterana depende en gran parte del conocimiento que tuvo Lutero de algunos escritores místicos de la Edad Media tardía. Incluso se ha afirmado que en lo esencial, la teología de la cruz no va más allá de ésta influencia mística. Así, por ejemplo, el escritor protestante Otto Ritschl estudió en 1912 los puntos de vista pre-reformistas de Lutero bajo el acápite de *Theologia Crucis*. Ritschl entendió que la *Theologia Crucis* es la teología monacal de Lutero que dependería en sumo grado de Bernardo de Claraval, de Taulero y de la *Theologia Deutsch* o Teología Teutónica. Según Ritschl, Lutero llegó a ser reformador precisamente al lograr superar tal *Theologia Crucis* monacal. Walter von Loewenich, en su monografía de 1929 *Luthers Theologia Crucis*, sometió las tesis de Ritschl a un análisis crítico. Confrontó la teología de la cruz de Lutero, tal como alcanzó expresión programática en las Tesis de Heidelberg de 1518, con los escritos de Taulero, con Tomás de Kempis en su imitación de Cristo y con Juan Staupitz, vicario general de la orden agustina en Alemania y superior y amigo de Lutero. Loewenich encuentra puntos de contacto entre Lutero y la tradición mística. Reconoce incluso que Lutero jamás hubiera concebido y formulado su teología de la cruz si no hubiese

sido monje. Pero Loewenich concluye que cuando mucho, esta tradición mística, la Imitación de Cristo, por ejemplo, aquello que propone es una ética de la cruz en cuanto recalca la importancia de la cruz para la vida piadosa, pero en ningún sentido una teología de la cruz. Por ende, Loewenich refuta la tesis ritschiliana de que la Theologia Crucis se limita al período pre-reformista de la carrera de Lutero y demuestra cómo ella deja impronta profunda en el pensamiento luterano hasta el fin.

Me parece útil ofrecer algunas citas de Lutero posteriores a 1518 que de hecho ponen de relieve la importancia de la teología de la cruz para Lutero. Al principio de su hermoso Comentario al Magnificat de 1521, Lutero comenta que sólo Dios mira hacia abajo y que en cambio el mundo y los ojos humanos miran hacia arriba:

“Por el contrario, nadie quiere mirar hacia abajo, todos apartan los ojos de donde hay pobreza, oprobio, indigencia, miseria y angustia; se evita a las gentes así, se las rehuye, se escapa uno de ellas y a nadie se le ocurre ayudarlas, asistirlas, echarles una mano para que se tornen en algo; así se ven obligadas a seguir abajo, entre los pequeños y menospreciados. Dios es el único en

mirar hacia lo de abajo, hacia lo menestoroso y mísero, y está cerca de los que se encuentran en lo profundo, como dice Pedro: ‘Resiste a los altivos y se muestra gracioso con los humildes’. . . Donde se ha llegado a experimentar que hay un Dios que dirige su mirada hacia abajo y que ayuda sólo a los pobres, a los despreciados, a los miserables, a los desventurados, a los abandonados y a los que no son nada, allí es donde se le ama, el corazón sobreabunda de gozo, exulta y salta en vista de la complacencia con lo que Dios le ha regalado. . .

Por eso nos ha sometido Dios a todos a la muerte y ha regalado a sus amadísimos hijos y cristianos la cruz de Cristo, juntamente con innumerables sufrimientos y necesidades; permite a veces hasta que se caiga en el pecado para tener que mirar con frecuencia a los abismos, para ayudar a muchos, para obrar incontables cosas, para manifestarse como creador verdadero. . .

Este es el motivo por el que ha arrojado incluso a su único, queridísimo Hijo, Cristo, a las simas de la miseria y por el que muestra en El maravillosamente su mirar, su hacer, su ayudar, su forma de ser, su consejo, su voluntad, así como la finalidad que todo esto entraña. . .” (8).

(8) LUTERO, M., *El Magnificat Traducido y Comentado*, Obras (edit. T. Egido), Editorial Sigueme, Salamanca 1977, 178-179.

En su muy controvertida obra de 1525, *De Servo Arbitrio* ("la Voluntad Determinada"), escrita contra Erasmo, al hacer mención de la definición de la fe, ofrecida en Hebreos 11,1 ("la fe es la confianza en las cosas que no se ven"), Lutero comenta:

"Por tanto, para que haya lugar para la fe es preciso que todo aquello que sea objeto de la fe esté escondido. Pero no puede estar más escondido que bajo aquello que es lo contrario de lo que se tiene a la vista, se percibe y se experimenta. Así, cuando Dios da vida, lo hace dando muerte; cuando declara justo, lo hace declarando culpable; cuando eleva hacia el cielo, lo hace arrojando al infierno, conforme a lo dicho en la Escritura: 'El señor mata y da vida, hace descender al infierno y hace subir' (1Re 2,6). . . Así Dios esconde su eterna clemencia y misericordia bajo la eterna ira, y su justicia bajo la injusticia" (9).

Y en sus lecciones universitarias sobre el Génesis, pronunciadas durante los diez últimos años de su vida, Lutero se expresa así:

"Por lo tanto, el profeta le llama el 'Dios oculto': bajo la maldición está escondida la bendición; bajo la sensación de pecado (está escondida) la justicia; bajo la muerte, la vida; bajo la aflicción, el consuelo" (10).

"En el mundo nada parece ser más engañoso que la palabra de Dios y la fe, nada parece ser más vano que la esperanza de la promesa. Luego nada parece ser más nada (nihil magis nihil esse videtur) que Dios mismo. Por lo tanto ésta es la ciencia de los santos y el misterio oculto a los sabios y revelado a los pequeños" (11).

La teología de la cruz constituye, en cierto sentido, la llave para entender muchísimos aspectos de la teología de Martín Lutero. Von Loewenich dice que "La cruz para Lutero no es tan sólo el objeto de la teología, sino el signo positivo de toda teología. Constituye un momento que integra (cohesiona) todo conocimiento cristiano. La Teología Crucis no es un capítulo de la teología, sino un cierto tipo de teología" (12). Y el jesuita P. Alberto Parra la denomina el principio epistemológico de la teología luterana (13).

-
- (9) LUTERO, M., *La Voluntad Determinada*, Obras, Editorial Paidós, Buenos Aires, Vol. IV, 1976.
- (10) LUTERO, M., *Werke*, Weimar Aufgabe 43, 140, 28 ss., citado en LOEWENICH, von W., *Luthers Theologia Crucis*, 4a. edic., Chr. Kaiser, München 1954, 39.
- (11) LUTERO, M., *Ibd.*, 392, 16 ss.; cfr. LOEWENICH von, *ibid.*
- (12) LOEWENICH von, W., *Luthers Theologia Crucis*, 4a. edic. Chr. Kaiser, München 1954, 12.
- (13) PARRA, A., Seminario de Luteranismo Clásico, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá 1983, notas pro manuscrito.
-

Algunos críticos de Lutero, y a veces luteranos, se han quejado de que la teología de Lutero es difícil porque abarca múltiples paradojas desconcertantes y, según muchos, indescifrables. Pero si captamos la línea interpretativa de la teología de la cruz, las paradojas de Lutero no serán tan difíciles ni extrañas. Todas se abren y se explican cuando se tiene presente que para Lutero, siguiendo al Apóstol Pablo, Dios siempre se revela y actúa en sentido contrario, contra las apariencias, contrariamente a lo que el sentido común religioso del ser humano espera. Dios se revela, valga la paradoja, escondiéndose y ocultándose bajo lo contrario, y únicamente la fe capta y cree que en tales circunstancias Dios se revela para perdonar y salvar. A continuación mencionaremos algunos ejemplos de las paradojas teológicas de Lutero que ponen de relieve este patrón de la teología de la cruz.

a) La verdad de Dios está oculta bajo lo que parece ser la mentira. El ejemplo supremo es Cristo en la cruz.

b) La gracia de Dios está oculta bajo lo que parece ser su cólera. Cuando el Señor grita desde la cruz: "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?", en realidad Dios le está muy cerca. Lo mismo ocurre en nuestras propias vidas: cuando Dios parece estar más lejos, es cuando en realidad está más cerca. La teología de la cruz no es mera teoría; es una realidad práctica en nuestra vida diaria, que a diario tiene que ser asumida por la fe.

c) La justificación del pecador está oculta bajo nuestro propio pecado y bajo lo que vemos y experimentamos. Nos sentimos pecadores; la ley de Dios y nuestra conciencia nos acusan. Pero Dios por causa de Cristo nos perdona, nos declara y nos hace justos. Y esta justicia es nuestra por la fe, aunque no la vemos.

d) El reinado de Cristo está oculto bajo escándalos, pleitos, divisiones, adversidad, guerra, angustia y muerte. Pero la fe percibe y sabe y está segura de que bajo todos esos signos adversos Cristo reina entre sus creyentes con su amor, su paz y su vida.

e) La Iglesia de Cristo está escondida bajo cismas, divisiones, herejías, pecado, ambición humana y ofensas que son el pan de cada día de la Iglesia empírica. Y sin embargo la fe capta y está segurísima de que bajo todos estos abusos y ofensas existe el santo Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo y que éste es uno, santo, universal y apostólico.

De manera que a través de todos estos temas y realidades teológicas se percibe que el hilo conductor es la fe que capta la realidad de la revelación, la acción y la presencia de Dios en Cristo crucificado y resucitado. Se ve en cada caso que la fe es el gran milagro, operado por Dios mismo, el que permite que veamos a Dios escondido en los sufrimientos. Y en cada caso, y constantemente, la fe se adhiere a la Palabra de Dios, que dice, pro-

mete y asegura que en medio de la muerte tenemos la vida y que su poder se muestra perfecto en la debilidad.

Todo esto quiere decir que la teología de la cruz es la teología de la fe y de la tentación (prueba). Durante nuestra vida no vemos a Dios. El permanece invisible. Tenemos a Dios sólo por la fe. No podemos relacionarnos con Dios sino sólo por la fe. Mas bien, Dios se hace visible sólo en la debilidad de Jesucristo crucificado, y necesitamos tener fe para ver y captar el poder de Dios que se esconde en la debilidad. Durante toda nuestra vida somos y seremos puestos a prueba. Claro que experimentamos, hasta cierto punto, la bondad y la bendición y el amor y la paz de Dios en Jesucristo. Pero estos dones de Dios jamás se experimentan en forma completa. Siempre se hallan ocultos, en buena parte, bajo su contrario o su opuesto. Dios se oculta en las pruebas y tentaciones de la vida, que son la condición necesaria para poner a prueba y fortalecer nuestra fe. Lutero no inventó esto sino que lo encontró en San Pablo que afirma: "Cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte, puesto que la fortaleza se revela en la debilidad" (2Cor 12, 10).

Sería posible relacionar la teología de la cruz con la vida de América Latina e incluso actualizarla frente a nuestra situación? Cuando pienso en las teologías latinoamericanas que han surgido durante los

últimos quince años y cuanto trato de entenderlas y de analizarlas someramente a la luz de la teología de la cruz, me asaltan muchos sentimientos. Por un lado, al menos superficialmente, estas teologías parecieran tener un común elemento de triunfalismo, casi en correspondencia con una cierta teología de la gloria. Se pretende ver y entender la acción de Dios en la historia, en nuestra historia y plasmada en determinado tipo de estructuras sociales. La exclamación del profeta: "Verdaderamente tú eres Dios que te encubres" (RV) o "es verdad: Tú eres el Dios escondido" (NBE, Is 45,15), que era una especie de lema para Lutero, aparentemente no es tenida en cuenta por los teólogos latinoamericanos. Y entonces la fe no pareciera ser la confianza en Dios en contra de la experiencia y en contra de las apariencias, sino más bien la esperanza en un futuro mejor y la confianza de que el hombre, y Dios actuando con el hombre, construirán una sociedad mejor. Entonces la fe es la ansiedad de ver realizado el futuro. Supongo que Lutero no tendría ojos ni oídos para este tipo de fe.

Pero por otro lado, cuando Lutero en su Comentario al Magnificat afirma que Dios mira hacia lo de abajo, hacia la pobreza, el oprobio, la indigencia, la miseria y la angustia, y que Dios ayuda sólo a los pobres, a los despreciados, a los miserables, a los desventurados y a los abandonados y a los que no son nada, debo suponer que Lutero conecta con la situación latinoame-

ricana, con las teologías latinoamericanas y con opción preferencial por los pobres proclamada en la reunión de los obispos en Puebla en 1979. Claro que se impone investigar la manera concreta y los sentidos luteranos sobre los pobres y los desvalidos. Pero sin embargo puedo imaginar que sería labor muy fructífera el intentar desarrollar un esbozo de una teología y de una ética de la cruz desde el panorama desolador de América Latina y tal vez de manera especial desde la situación actual de la América Central.

Por lo demás, podría objetarse que la teología de la cruz es una teología de la Edad Media, una teología monacal que tiene su deleite en el dolor, una teología de la resignación y del Cristo pobre. Pero no es esta una teología enfermiza, producto de las extravagancias de un monje, cuanto una teología de la realidad, que llama a las cosas como son en realidad. La teología de la cruz toma en cuenta la realidad, a saber, que éste es un mundo bueno creado por Dios, pero un mundo marcado por el pecado de rebeldía contra El. Y que no podemos lograr, por más obras "cristianas" que hagamos, que éste mundo deje de tener su carácter de caído. Por nuestros esfuerzos no podemos saltar por encima del mundo y actuar como si no fuera mundo caído. Pero Dios ha reconciliado al mundo consigo en Cristo, ofrece ahora esta reconciliación al mundo por la Palabra del evangelio, envía a los cristianos a

ser sal y luz del mundo y convertirá a este mundo en su Reino cuando El así lo desee. Hasta entonces nos atenderemos a la Palabra y a la fe, a Cristo crucificado y resucitado, a Dios escondido y manifestado en Cristo, a la fe y al amor y a las buenas obras del amor, que muy bien pueden ser encaminadas a mejorar la situación de la humanidad sufriendo y a cambiar estructuras obsoletas de la sociedad.

La teología de la cruz no es, pues, una teología de la debilidad, sino del "poder de la debilidad" (2Cor 12,9): del poder nacido de la debilidad. No es una teología de la muerte, sino de la vida: de la vida que nace de la muerte y en medio de ella. No es una teología de la resignación o de la tristeza, sino una teología de la convicción y del gozo en medio de la tribulación y de la crueldad del mundo. Observemos que no se afloja la tensión de la paradoja, sino que se mantiene en medio de la lucha y de la prueba. Lutero diseñó su propio emblema o escudo: una rosa blanca dentro de la cual hay un corazón rojo, y en medio del corazón rojo una cruz negra. Y él mismo propone el simbolismo de su escudo que es el siguiente: "el corazón del cristiano camina sobre las rosas, aun cuando esté bajo la cruz". Se trata, pues, de una teología de la alegría y del gozo. Y de una teología de confianza sólida y fuerte, de confianza en la victoria definitiva de Cristo sobre las fuerzas del mal, aun cuando todavía estemos atribulados en medio de la batalla. De ello da fe elo-

cuente el más hermoso de los himnos de Lutero, "Castillo fuerte es nuestro Dios", cuya tercera estrofa reza así:

*"Aun si están demonios mil
Prontos a devorarnos,*

*No temeremos, porque Dios
Sabrá aún prosperarnos.
Que muestre su vigor
Satán y su furor;
Dañarnos no podrá,
Pues condenado es ya
Por la Palabra santa!*

- (14) LITERATURA: ALTHAUS, P., *Die Theologie Martin Luthers*, Gütersloh, 1962; BEITON, R. H., *Lutero*, Edit. Sudamericana, Buenos Aires 1955; segunda edición: Edit. Hermes, México 1977; EBELING, G., *Luther: Einführung in sein Denken*, Tübingen 1964; traducción inglesa *Luthers: An Introduction to his Thought*, Filadelfia 1972; EGIDO, T., *Lutero: Obras*, Edic. Sígueme, Salamanca 1977; LOEWENICH von, W., *Luthers Theologia Crucis*, 4a. edición, Chr. Kaiser, München 1954; LUTERO, M., *Obras*, Edit. Paidós, Buenos Aires 1967-1977.